



MARIO MARÓTTA

JAIME ROOS (TERCERA Y ÚLTIMA ENTREGA) FUI UN ALCOHOLICO PERO LOGRE ZAFAR

“Las drogas son una basura, un invento del diablo”

El compromiso asumido con Jaime Roos antes de la entrevista fue el de no hablar de su carrera como músico, para no manejar datos ya expri-

midos en reportajes similares. Hubo otro además, no necesariamente acordado pero sugerido por la prudencia, que consistió en pasar por alto detalles de su vida

personal reciente, un tanto agitados y dolorosos. Esas carencias, más que abaratar la conversación, le aportaron una fuerza nacida en recuerdos pocas veces

expuestos a la luz pública. Con franqueza inusual, Roos abordó temas como la angustia que le provoca el estar tanto tiempo separado de su hijo residente en Holan-

da, su alcoholismo felizmente superado, el consumo de la marihuana, su expulsión del país durante el régimen militar, los meses de hambruna en Europa, obligado a tocar en los subterráneos por moneditas o su caída en el mundo de las drogas, de las cuales pudo liberarse de inmediato y a las que califica como "un invento del Diablo". Fue precisamente en lo referente a este punto, del cual jamás había hablado públicamente, que pidió que sus palabras fueran transcritas con la mayor precisión posible. Genio y figura aún debajo del escenario, dijo que temblaba ante la posibilidad de que sus errores, por porvenir de una persona de fuerte imagen pública, fueran tomados como ejemplo. Embretado entre la crudeza de esa confesión y la necesidad de exponerla para formular advertencias, optó por este último camino.

—Me estabas contando que en 1983 el gobierno militar te aconsejó que te fueras y que según te dijo el oficial que te atendió "te habías comido un garrón". ¿Tú tenías militancia política?

—No, para nada. Estaba en contra del régimen, como es obvio, pero nadie hubiera podido encasillarme en un par-



LAMPIÑO. Con guitarra eléctrica recién estrenada

ARCHIVO DE JAIME ROOS

tido como tampoco pueden hacerlo hoy.

—¿Cuáles fueron tus pasos inmediatos?

—La opción era alejarme del país o ir la cárcel por no haber hecho nada. Así que me fuí. Tenía una posibilidad de trabajar en Buenos Aires pero preferí viajar a Holanda, donde estaba mi hijo. Allí había quemado las naves, no tenía casa ni nada, así que volví a empezar de cero.

—¿A la "manga" rigurosa otra vez?

—Otra vez. Al poco tiempo conseguí trabajo en un restaurante como ayudante de cocina. Iba dos veces por semana y ganaba como para cubrir los gas-

tos más elementales.

—¿Te gustaba ese trabajo?

—Me gustaba porque estaba lejos del humo de los cabarets y los lugares cerrados donde solía tocar. Lo recuerdo con cariño y lo disfruté durante ocho meses. No te imaginás lo que aprovechaba para comer. Me ponía al día.

—Y alguna vitualla en los bolsillos te llevarías también...

—De comer no, pero alguna botellita de tequila de cuando en cuando, sí (se ríe).

—¿Si te pido que me des alguna referencia de la madre de tu hijo, te causa alguna molestia?

—No, pero prefiero

hablar poco. Franca fue el gran amor que tuve cuando llegué a Europa. Es holandesa y me lleva siete años. Nunca entendí por qué razón me dio bolla, pero así fue. Es la mejor de las madres que pudo haber tenido mi hijo Yamandú. Nuestra relación empezó muy bien y terminó en forma catastrófica, pero hoy es correcta y fluida. No solamente me dio un hijo fantástico sino que supo criarlo como una auténtica leona. Además se preocupó para que Yamandú y yo fuéramos más que hijo y padre. Jamás le habló mal de mí e hizo lo posible para que estuviéramos muy unidos. A esta altura del partido, donde creo que hay más personas divorciadas que casadas, doy fe que es posible criar a un hijo de padres separados sin que padezca el famoso síndrome que afecta a los chicos en esa situación. Todo va en la inteligencia, la sabiduría y el amor hacia los niños que tengan sus padres. No hay que usar a los hijos de rehenes ni utilizarlos como chivos expiatorios.

—¿Cómo es Yamandú?

—Es un botija normal. Tiene veintiún años, no es ni muy in-

teligente ni poco inteligente, pero de una excepcional intuición para encontrar la verdad, algo que ya tuvo desde chiquito. En este momento está estudiando fotografía en la Escuela de Arte de La Haya, una carrera que dura cuatro años. Ya es fotógrafo profesional, pero decidió entrar a la Universidad para perfeccionarse. Es holandés, pero adora el Uruguay. Estuvo un año y medio acá hace poco y me cuenta que extraña mucho.

—¿Cómo se soporta esa distancia?

—Depende del día. Cuando me separé definitivamente de él, tenía cinco años y ésa era una pieza que no entraba en mi rompecabezas. ¿Cómo iba a poder vivir yo con mi hijo lejos? Mediante casetes, cartas y viajes anuales fui paliando la situación. En ocasiones me pasaba dos meses en Holanda y durante todo el tiempo permanecía junto a él. Yamandú venía al Uruguay un año sí y otro no y yo viajaba a Holanda con igual frecuencia. Nos acostumbramos a tener esa psicología de los marinos, que ven a su gente cada varios meses. Me he dado cuenta que se puede mantener una auténtica y profunda relación familiar aunque parezca

“La dictadura me echó del país aunque no pertenecía a ningún partido político, cosa que me sucede todavía hoy.”

difícil.

—Pero depende del día, me dijiste.

—En lo que se refiere al sufrimiento de uno, sí. A veces paso una semana entera en que yo estoy en lo mío y él en sus cosas. Pero hay otras en que muerde mucho la nostalgia. Pero eso le pasa también a todos los padres que tienen hijos trabajando en otras latitudes. Es la vida.

—No me has hablado de tu primer choque con las Fuerzas Armadas, que fue cuando sacaste “Las ranas”.

—Eso sí que lo sacaste de la manga. No creía que nadie lo recordara. En el carnaval del 75 salió por segunda vez el conjunto de humoristas “Las ranas”. En el anterior habían terminado presos pero en el de ese año

volvieron con renovados bríos. Allí estábamos unos cuantos que después hicimos nuestros caminos musicales: Raúl Castro, Lazzaroff, Bonaldi, Galemire, Daniel Haedo, el negro Vicente, gente muy piola. Yo era el director musical. El espectáculo que habíamos preparado era muy gracioso, pero el día anterior a nuestro debut cayeron los muchachos y menos a nosotros, se llevaron todo. Esa fue mi frustrada participación en el carnaval uruguayo dentro de la categoría “Humoristas”.

—¿Nunca saliste en una murga?

—No, durante varios años consecutivos recorrí los tablados con mi espectáculo, pero siempre fuera de concurso.

—¿El libreto de “Las ranas” era objetable políticamente o contrario a la moral y a las buenas costumbres?

—Ellos ni llegaron a leerlo. Nos decomisaron todo sin darnos razones. Claro que nosotros estábamos jugados y tirábamos de la cuerda hasta donde se podía para poder decir lo que pretendíamos. A veces nos íbamos para el otro lado y a veces no. Estábamos siempre en el límite. No dudo que esa vez nos hubiéramos salido de lo permitido, pero



ARCHIVO DE JAIME ROOS

PELUDO. Barba, bigote caído y melena a la moda

ellos no lo sabían. De pronto mandaron alguno a vigilarnos y éste nos delató.

—Debe haber sido así.

—Nos salvamos de terminar con los huesos en un cuartel. De pronto éstos estaban tan llenos que no cabía más nadie (se ríe).

—¿Dónde nace tu amor por los violetas si no eres ni siquiera del barrio?

—Creo que fue porque me gustaba la camiseta y porque veía a la farola desde el campito donde yo jugaba. Mi viejo me llevaba a ver a Nacional, pero ya pasada la niñez, asumí que era hinchita de Defensor. Llegué a ir a los partidos con cierta asiduidad, cosa que hoy extraño porque me falta el tiempo. Me lo había prometido para este año pero se me complicó la agenda de vuelta. Entre el 68 y el 75 iba prácticamente siempre. En el 76, cuando salimos campeones por primera vez yo estaba en París. Lamenté muchísimo no poder verlo, y al mismo tiempo lloré de emoción. Esto ocurrió dos meses antes de que mi padre falleciera, y recuerdo que él me mandó una carta con "El País" de los lunes, uno de cuyos titulares decía: "La historia cayó de rodillas, Defensor cam-



CARNAVAL. Cuando apenas era "el flaco Jaime", entre papelitos y serpentinas

peón". Me contaba que había ido al último partido contra Rentistas y que había visto a Defensor dar la vuelta, poniéndose en mi lugar. Es uno de los recuerdos más maravillosos que tengo de mi viejo. Fue a raíz de eso que compuse en París "Cometa de la farola". Me imaginé un niño que en lugar de levantar las consabidas cometas de Nacional y Peñarol, izaba una de color violeta.

—De cualquier modo, también viste a Defensor dar la vuelta en el 87, porque yo estaba cerca tuyo.

—Y en el 91 también. Esa noche tuve el

honor de tocar frente a la sede de Zudáñez en un inolvidable recital. Canté a coro con los jugadores y casi me muerdo de la emoción.

—Es curioso cómo cosas tan triviales, cómo sentimientos esencialmente irracionales son capaces de causar una conmoción tan grande.

—Yo también me lo he preguntado. En esos casos no hay razonamiento, todo es corazón puro. Llegan mucho más esos hechos, que otros que uno racionaliza o imagina de manera grandilocuente. De pronto, como tú dices, una

pequeña situación se convierte en algo que lo acompaña a uno por el resto de la vida.

—De repente has estado al lado de personas muchísimo más importantes, a las cuales pasaste por alto y sin embargo para ellas eras tú quien constituía ese recuerdo imborrable.

—Es posible. No encuentro explicación para todo eso.

—Hace unos años dijiste en un reportaje para la revista "Guambia": "no creo que yo sea una persona especialmente querida por los demás, de esas de las cuales se dice "es un

buen tipo". ¿Sigues pensando eso?

—Sí señor, lo suscribo pese a los años. Creo que soy una persona querida para aquellos a quienes quiero, pero nada más. Vivo dentro de los límites normales en un estado de paz con mi conciencia. Con relación a los demás, hago todo el bien que está a mi alcance. Pero puedo llegar a ser hosco, reservado y muchas veces impenetrable en mi vinculación con la gente. Eso no quiere decir que yo cometa actos en contra de nadie y eso es parte de mi forma de entender la vida. Muchas veces frente a una



ARCHIVO DE JAIME ROOS

buen tipo". ¿Sigues pensando eso?

—Sí señor, lo suscribo pese a los años. Creo que soy una persona querida para aquellos a quienes quiero, pero nada más. Vivo dentro de los límites normales en un estado de paz con mi conciencia. Con relación a los demás, hago todo el bien que está a mi alcance. Pero puedo llegar a ser hosco, reservado y muchas veces impenetrable en mi vinculación con la gente. Eso no quiere decir que yo cometa actos en contra de nadie y eso es parte de mi forma de entender la vida. Muchas veces frente a una

persona que me ha hecho cosas feas, podía haber devuelto el mal y no lo he hecho. No creo en la Ley del Talió.

—¿Y crees en la acción de poner la otra mejilla para que la golpeen?

—Tampoco. Estoy entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Lo que prefiero en esos casos es tomar distancia. Es una reacción natural que con el paso del

tiempo racionalicé.

—Alguna vez he leído esta frase tuya: "me considero una de las víctimas de Maracaná."

¿Qué has querido expresar?

—No recuerdo haberlo dicho. Yo no soy víctima de Maracaná sino que estoy orgulloso de esa hazaña. Tenemos pocos títulos de nobleza, no debemos negarlos. Pero tampoco me voy para el otro lado. Para mucha gente de este país, el endiosamiento de las glorias de Maracaná ha sido una forma de infantilismo. Todo depende de cómo se tomen las cosas. Maracaná no tiene ni puede tener relación estricta con el presente.

—Suele decirse que las generaciones posteriores a aquel triunfo excepcional, se educaron condicionadas por él.

—Estoy seguro que gran parte de mi generación piensa así, pero yo no. Mario Benedetti en *"El país de la cola de paja"* afirmó que Maracaná era una de las peores cosas que nos habían sucedido. Yo no estoy de acuerdo. Los

problemas que nos llevaron a la decadencia posterior a los años cincuenta tienen raíces mucho más profundas.

—Varios amigos tuyos me han dicho que eres un poco místico.

—El adjetivo místico es amplio y vago. Tengo mis parámetros y no pertenezco a ninguna Iglesia a pesar de haber sido criado como católico. Sin embargo, como ves, tengo una crucecita colgada del cuello, consecuencia de un regalo que recibí. Soy cristiano, de Cristo y no de una Iglesia, en particular. Si vas a un concierto cualquiera, digamos de Caetano Veloso por decir algo y luego lees las críticas, vas a ver que con muchas de ellas no vas a coincidir. Yo prefiero leer a Cristo en la Biblia que escuchar las interpretaciones que las Iglesias han hecho de sus palabras. Probablemente te han dicho que tengo un costado místico porque pienso en la muerte cada cinco minutos y porque trato de encarar el mundo visible y entenderlo.

—¿Por qué un hombre de cuarenta y seis años piensa en la muerte cada cinco minutos?

—No es que crea que me vaya a morir mañana, pienso en el fenómeno de la muerte. Y aparte, tengo ciertas re-

"Tengo una inmejorable relación con mi hijo Yamandú, que está en Holanda, pero a veces muerde la nostalgia."

glas éticas que solamente se pueden explicar con la presencia de una entidad superior. Hasta ahí llega mi religión. No soy un teólogo, en todo caso soy un filósofo de boliche.

—¿Qué crees que hay después de la muerte?

—Si yo supiera eso... Te repito lo que responde mi amigo Mauricio Rosencof cuando alguien le dice que Dios no existe: "¿Podés probarlo?" (se ríe).

—En realidad no se puede probar ni la inexistencia ni la existencia.

—Por eso te hablo de Cristo en términos éticos. No sé si existió pero es difícil imaginarlo como un invento. Además no importa. Lo que vale es su pensamiento. Si fue un maravilloso invento literario, poco importa.

—¿En tus años de desbarranque, de los cuales todavía no hemos hablado, Cristo te dio una mano?

—No. Me sacó la música. Cristo me ayuda a ser mejor cada día, y lo hace en dosis muy pequeñas. Pero en épocas de crisis, quien me ha salvado no es el Ángel de la Guarda sino la "Milonga de la Guarda", como yo le llamo a mis

canciones.

—¿Quiere decir que para sacarte del pozo fue más importante Jaime Roos que cualquier otra cosa?

—Jaime Roos no, la música.

—Pero es Jaime Roos quien toma las decisiones.

—Eso parece. Sin embargo la que

un alcohólico?

—Ahí no me salvó la música sino mi instinto de supervivencia y la toma de conciencia del problema en el cual me encontraba. La música me ayudó a contrarrestar el alcoholismo en el momento en que dejé de tomar. Me refugié en la querida "Milonga de la Guarda" y decidí



PASADO.

Jaime: esta foto mejor escondela

por propia decisión.

—Muy pocos pueden hacerlo.

—Yo estuve un año tratando de decir basta sin poder detenerme. Por suerte me di cuenta que hay un punto en que se puede reaccionar. Uno tiene que tenerle realmente asco a la adicción que uno tenga para pegar el manotazo y salir a la superficie. Yo estaba en la lona hacía tiempo y no podía zafar. Hasta que busqué una ocasión propicia. El tres de abril de 1989, dejé.

Estuve nueve meses sin tomar una gota. Después me inventé un método para tomar un par de copas y no más. El año pasado, que para mí fue muy malo, tuve una recaída y volví a tomar muchísimo. Pero en el mes de enero, logré zafar. Ahora volvió la sonrisa a mi cara.

—Eso explica que en octubre me hayas pedido una postergación de esta entrevista.

—Claro. Me agarraste en el peor momento. Fue una recaída breve, pero intensa. Por suerte ya conocía la salida de emergencia y lo logré. Igual me dio mucho trabajo. Hago hincapié en esto porque me gustaría que de esta conversación pudiera salir alguna solución para quie-

manda es la música. He sacrificado pedazos de mi vida debido a ella. Mi música es más importante que yo mismo, aunque dentro de ella haya una parte de mí.

—Yendo a terrenos más concretos pero más peligrosos. ¿De qué manera la música te salvó cuando detectaste que te estabas convirtiendo en

e m - borra -
charme con música. Eso me dio resultado. Me auxiliaron la música y el amor: por una mujer, por los amigos, por la vida, por un atardecer, por mi hijo, por el olor del mar... Eso fue en entre el año 87 y el 89. Yo llegué a tomar un litro de whisky por día y a veces más. Me estaba suicidando en cuotas, hasta que un día paré

nes están en el mismo infierno que estaba yo. Lo primero es reconocer que uno es alcohólico, sino jamás podrá parar. Una persona que toma más de tres medidas de whisky por día es alcohólica y lo debe reconocer. Si no se dice la verdad a sí misma, será imposible que pueda detenerse.

—¿Cuando te decidiste a parar de beber hiciste alguna consulta psiquiátrica?

—Sí, porque quería saber cómo estaba mi mente, luego de haber bebido tanto. Lo primero que me dijo el médico fue: *“¿A usted lo mandaron o vino solo? “Vine por mi cuenta” “Entonces, empezamos bien. En cuarenta años de experiencia solamente una persona enviada por sus familiares dejó de tomar.”* Yo tengo muchos amigos que afirman que son capaces de abandonar la bebida cuando se lo propongan y ninguno ha podido hacerlo. El que dice esa frase está frito.

—¿El ambiente de la noche es propicio a esos extremos?

—Inevitablemente, sí. Pero también toman los de todas las otras profesiones: los mecánicos, los funcionarios públicos y los escribanos. Y ni qué hablar de los periodistas. Claro



ARCHIVO DE JAIME ROOS

PELIGRO. Con “el Sabalero”, viejos compañeros

que pertenecer al mundo del espectáculo acumula puntos en contra, porque en esos ambientes se venden copas todo el tiempo. Para un músico, cuyo trabajo es producir emoción, es reconfortante tomar algo antes de subir a un escenario. Así empieza todo. Yo cuando era pibe tomaba solamente refrescos y no tenía ningún problema. Pero ahora es muy diferente. Y al alcohol hay que agregarle el capítulo drogas, que viene parejo. Especialmente la cocaína,

una droga maléfica que es de uso cotidiano en nuestra sociedad. Alcohol y cocaína se complementan.

—¿Y la marihuana?

—Es distinta. No tiene nada que ver. Yo fumé marihuana en una época y ahora hace muchos años que no lo hago, no por prejuicios sino porque no tengo ganas. Yo pertenezco a una generación que vivió el estallido del mundo de las drogas en estos últimos treinta años y no he visto gente que se haya dañado por fu-

mar marihuana. En cambio he comprobado cómo caen como moscas los alcohólicos y los adictos a las drogas pesadas.

—¿El consumo de marihuana no conduce al de otro tipo de estimulantes?

—No está probado. Lo que digo es que en sí misma, no produce daño. Te digo más: he conocido gente que entró a la cocaína sin haber fumado nunca marihuana. Eso sí, le quita dinamismo a las personas y a quien fuma por primera vez, le puede embromar la cabeza. Pero de cualquier manera no conozco a nadie que haya tenido cirrosis por la “Maruja” o haya destruido su familia o perdido su trabajo. Y eso que he vivido en Holanda donde el consumo es legal. En cambio sé de gente que se ha arruinado moralmente e incluso ha muerto por la cocaína.

—¿Probaste drogas fuertes algunas vez?

—Todas. Y te puedo decir que son una basura, un invento del Diablo. No quiero decir más que eso.

—No es poca cosa. ¿Las mentas de sus manías son ciertas?

—¿Cómo cuáles?

—Como la de vaciar todos tus bolsillos no bien llegas a cualquier lugar.

“Prefiero leer a Cristo en la Biblia que escuchar las interpretaciones que las religiones han hecho de sus palabras.”



A PIE. El hombre que tuvo auto pero nunca aprendió a manejar, espera el ómnibus, por lo menos para la foto

—¡Quién te habrá chismeado eso! He llegado a perder cosas por llegar a un lugar y sacarme todo lo de los bolsillos y el reloj. Y otra vez, haciendo dedo en España, me dejé un reloj de oro que me había regalado mi padre dentro de un Mercedes Benz que me levantó. Lo que me dio más bronca fue que el tipo tenía “guita” (se ríe). Otra de mis manías si es que se puede considerar tal, es la puntualidad. Trato de ser puntual por respeto a mi tiempo y al de los demás. Y con respecto al trabajo, soy amante de las cosas bien terminadas. Esto vale para quien hace música como para un cocinero que quiere que su comida quede exactamente a punto.

—O para los periodistas...

—También. ¿Sabías que fui periodista en el semanario “Jaque”?

—**No me extraña porque los periodistas brotan de la tierra como los hongos.**

—Cada nota me costaba semanas (se ríe). Y ahora me lo han vuelto a proponer.

—**Avisame que ese día voy a componer una milonga.**

—Yo creo que el secreto, además de las condiciones naturales, es el tiempo. Si un músico debe tomarse tres horas para probar el sonido de un tambor, tiene que hacerlo. Y lo mismo debería ocurrir con el que escribe o con el que pinta. Quien escribe bien hace sonar las palabras como una música. Todo esto no es una manía, porque esta palabra sugiere algo patológico. Buscar la excelencia de lo

que uno hace es una forma de encarar el trabajo e incluso la vida. Si a los que uno tiene al lado les resulta molesto, ése es otro cantar.

—**¿Nunca te gustó la música clásica?**

—Por supuesto y tengo a varios favoritos: Bach, Mozart y Bartok. Cuando nació mi hijo, fui a casa y puse varias veces el segundo movimiento del concierto en sol para piano de Ravel. Era lo que tenía necesidad de escuchar. Hoy lo pongo y me emociona tanto que me hace doler. También me gustan Beethoven, Debussy y Berlioz. ¿Pero te acordás que me propusiste no hablar de música? (se ríe).

—**Se trata de música ajena. ¿Te ha costado entrar en el medio argentino?**

—Sí y no. Siempre me trataron con un

cariño y un respeto que no esperaba. Lo que me ha costado es entrar más a fondo en un nivel masivo. De pronto he carecido de maquinaria o he sufrido un rechazo artístico. También es cierto que no juego en el equipo de la farándula. Nunca quise ir al programa de Tinelli ni al de Susana Giménez, porque lo mío no tiene nada que ver con ellos. En cambio fui al de Mirtha Legrand porque me parece un programa periodístico serio.

—**¿Es cierto que tienes auto y no sabes manejar?**

—Mientras estaba aprendiendo, choqué con una moto y casi me degollé. Así que dejé y nunca más volví a intentar. De cualquier manera, el auto ya no lo tengo más.